

Después de visitar Betanzos y Lugo, llegaron a Villafranca del Bierzo. Muchos años después, describe un testigo presencial:

«El sermón empezó a la una de la tarde. El espacioso templo estaba totalmente lleno de fieles que deseaban oír la palabra de tan eminente orador sagrado, quien dió principio con estas palabras: «Muerte, juicio, infierno y gloria, ten, cristiano, en la memoria.» Media hora hacía que su palabra elocuente y persuasiva era oída con el mayor recogimiento, cuando, de pronto, una voz estentórea gritó: «¡Ahí está la Reina Isabel II!» A esta voz se produjo un murmullo ensordecedor, semejante al fragor de la tormenta que presagia la tempestad. Nadie se entendía, pues todos decían que querían ver a la Reina y todos hablaban a un tiempo. Entonces resonó la voz clara y bien timbrada del venerable P. Claret, que nos dijo: «¡Silencio! No es la Reina. La Reina no viene aún. Antes que ella llegue han de pasar dos horas. El que ha llegado ahora es Satanás, es el demonio, que viene a tentaros para distraer vuestra atención, para que no escuchéis las verdades de la fe y de la vida eterna. Vosotros no lo veis; pero yo lo veo y os haré ver que se retirará en seguida, pues yo le voy a espartar». Y con voz más fuerte aún que la que hasta entonces había empleado, pronunció aquellas admirables palabras: «Retírate Satanás. ¡Retírate de la casa de Dios, único Rey soberano de cielo y tierra! Bendita séa la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén. Jesús.»

»Lo que entonces pasó fué indescriptible, pues a aquel clamoreo de millares de voces que se había producido, sucedió el más profundo silencio, la más completa calma... Y en el pulpito pudimos contemplar algo que jamás podré olvidar. El venerable P. Claret rodeado de una aureola de luz verdaderamente celestial. Tan puro, tan diáfano era el resplandor que inundaba su venerable rostro, que todos los fieles doblamos la rodilla e inclinamos la cabeza, plenamente convencidos que nos predicaba un Santo verdadero, que había obrado un verdadero milagro, acallando con tan pocas frases a tantos millares de almas que se hallaban congregadas en el hermoso templo y arrojando de éste al tirano infernal que sobre sus almas intentaba introducir el soplo de la tentación. «¡Este es un santo!», repetimos todos, pues solamente un santo puede hacer un milagro como éste.

»Continuó el sermón, siendo oído con el más piadoso recogimiento, y al termianr, a las tres de la tarde, ya nadie se acordaba de la Reina. Ya no veíamos más que a nuestro santo.